

Hitos históricos y puntos de giro. La construcción de las relaciones México-Estados Unidos en el siglo XIX

*Historical Milestones and Turning
Points: The Construction of U.S.-Mexico
Relations in the Nineteenth Century*

Paolo Riguzzi

Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México
priguzzi@colmex.mx

Marcela Terrazas y Basante

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
terrazas@unam.mx

Resumen:

Los autores de este artículo interpretativo seleccionaron una serie de eventos determinantes para la construcción de la vecindad México-Estados Unidos en el siglo XIX. El artículo se divide en dos partes, que corresponden a ciclos claramente diferenciados en la relación bilateral. El primero se caracteriza por la disputa por el territorio, el cual representaba un legado de los imperios coloniales y el expansionismo esclavista sureño. El segundo, abierto por las guerras de la década de 1860 en los dos países, el vínculo se orienta a la cooperación, en un conjunto más amplio de procesos económicos, sociales y culturales; el conflicto no desaparece: se procesa a través de la diplomacia.

Abstract:

The authors of this article focused on a series of events that were decisive for the construction of the U.S.-Mexico relationship in the 19th century. The article is divided into two parts, corresponding to clearly differentiated cycles in the bilateral relationship. The first is characterized by the dispute over territory, which represented a legacy of colonial empires and southern expansionism by slave-owners. The latter emerged as a result of the wars of the 1860s in the two countries, which saw the relationship reoriented towards cooperation, against a backdrop of economic, social and cultural processes; conflict did not disappear but was processed through diplomacy.

Palabras clave:

Disputa territorial, Texas, Guerra de 1847, Tratado de Guadalupe Hidalgo, cooperación, Guerra de Secesión, Intervención francesa, vinculación ferroviaria.

Key Words:

Territorial dispute, Texas, War of 1847, Treaty of Guadalupe Hidalgo, cooperation, Civil War, French Intervention, railroad connection.

Hitos históricos y puntos de giro. La construcción de las relaciones México-Estados Unidos en el siglo XIX

*Paolo Riguzzi
y Marcela Terrazas y Basante*

La asimetría de poder y recursos ha sido la marca distintiva de la relación entre México y Estados Unidos a lo largo de su trayectoria. En este marco, se ha construido una experiencia de vecindad muy amplia, articulada e intensa, que trasciende el dato geográfico, y cuyas raíces se encuentran en una serie entrelazada de procesos históricos. No pudiendo dedicarnos aquí a una reconstrucción exhaustiva, en este artículo interpretativo hemos seleccionado una serie de eventos determinantes para la construcción de la vecindad en el siglo XIX.¹ Nuestro enfoque es identificar la lógica y el significado de tales eventos en cuanto a la gestión política de la relación asimétrica. Desde este punto de vista, ubicamos los contextos que los enmarcaron, los actores que los protagonizaron y las fuerzas que los impulsaron; señalamos cuáles fueron las implicaciones principales, y como éstas fueron reconfigurando las dimensiones de la vecindad.

Con base en este propósito, hemos estructurado el artículo en dos partes, que responden a ciclos claramente diferenciados en la relación bilateral. El primero se caracteriza por la disputa por el control y la apropiación del territorio, el cual representaba un legado de los imperios coloniales y una tendencia marcada por el expansionismo esclavista sureño. El segundo, abierto por las guerras de la década de 1860 en los dos países, marca una nueva orientación en el vínculo, que margina la expansión territorial

¹ Nuestra bibliografía incluye sólo unas referencias básicas.

y abre espacio para la cooperación, en un conjunto más amplio de procesos económicos, sociales y culturales. Eso no significa la desaparición del conflicto, sino que éste no es permanente y se procesa a través de la diplomacia.

El ciclo de la disputa territorial y la modificación de fronteras, 1823-1860

El inicio de la relación diplomática

Las relaciones oficiales tuvieron un comienzo accidentado. Desde el principio, pudieron advertirse las cuestiones que las dominarían en las décadas sucesivas: el territorio, las fronteras y el peso de otros actores internacionales.

Aun cuando la disparidad de poder y de recursos económicos no era tan acentuada como lo fue después, el volumen de población y la estabilidad política de cada país anunciaban la brecha creciente. Estados Unidos tenía ya cuarenta años de vida independiente cuando México inició la suya, lo cual le significó una ventaja. Ciertamente, no se estaba ante la potencia en la que luego se convirtió; era incapaz de enfrentar a los poderes europeos del momento y estaba preocupado por su seguridad, sentimiento reflejado en la naturaleza defensiva del mensaje del presidente James Monroe.

El arranque del vínculo estuvo marcado por el peso del contexto internacional y la herencia de las disputas entre los imperios europeos y con las naciones indias. Aquellas confrontaciones legaron problemas de linderos a los nacientes países. La incierta frontera mexicano-estadounidense, o el reclamo estadounidense de Texas originado en la compra de la Luisiana, provocaron enfrentamientos entre los Estados vecinos.

Aunque el Congreso de Estados Unidos simpatizó tempranamente con las independencias hispanoamericanas, el recelo a la hostilidad europea, su propio conflicto con los británicos y la indefinición de la frontera con España, lo orillaron a declararse neutral en un principio. El establecimiento del régimen liberal en España llevó a Washington a reconsiderar su postura y, en marzo de 1821, Monroe declaró que México y otros países hispanoamericanos tenían derecho a ser reconocidos. El Imperio Mexicano,

urgido de la acreditación internacional, nombró como comisionado a José Manuel Zozaya, quien fue recibido por Monroe en diciembre de 1822, según el protocolo, lo que significó el inicio formal de la relación. Fue un comienzo singular, pues Washington, en lugar de ministro, envió a un agente especial: Joel R. Poinsett, quien le informaría de la situación mexicana y plantearía al emperador Iturbide el establecimiento de un nuevo lindero. Ante la negativa, Poinsett volvió a su país. Dos años después, regresó a México como ministro plenipotenciario (1825-1829) con instrucciones de acordar un tratado comercial, el cual no consiguió concretar, y de insistir en el cambio de la frontera, lo que hizo reiteradamente sin éxito.

La separación de Texas

El proceso que llevó a la separación de Texas y su independencia fue resultado de cuatro ejes entrecruzados: la despoblación del norte mexicano, la expansión estadounidense, la especulación de tierras y la injerencia europea.

El México independiente heredó de España la débil presencia de población en el “lejano norte”. El Gobierno virreinal dio a los habitantes de los territorios cedidos a Francia y a Estados Unidos (con los tratados de San Ildefonso, 1800, y Onís-Adams, 1819), terrenos en Texas. Moses Austin obtuvo así, la primera concesión de tierras, ratificada a su hijo Stephen. Comenzó un arriesgado experimento que entregó terrenos a estadounidenses, eximiéndolos de impuestos para establecer cientos de familias. Ante los numerosos proyectos colonizadores frustrados, los gobiernos mexicanos juzgaron que el poblamiento aseguraría la defensa del territorio ante la amenaza de grupos indígenas que fuesen hostiles y de potencias extranjeras.

Pronto fue evidente la falta de control mexicano sobre Texas. La escasa presencia de criollos o mestizos en la región contrastaba con la avalancha de colonos estadounidenses que entraban a la provincia con personas esclavizadas, aprovechando las confusas disposiciones de México sobre la esclavitud. Asimismo, la desorganización y la falta de autoridades civiles, militares y fiscales, dieron lugar a que muchos emigrantes vivieran al margen de las leyes mexicanas. Los nexos de los colonos y su comercio eran con los estadounidenses, no con los residentes mexicanos.

Las concesiones de terreno generaron un lucrativo negocio: los predios obtenidos de México eran revendidos con jugosas ganancias. Las transacciones atrajeron a empresarios, políticos, funcionarios menores y militares de ambos países: Andrew Jackson, Samuel Houston, Poinsett, Lorenzo de Zavala, Vicente Filisola, entre otros. Además, la “fiebre inmobiliaria” causó fricciones entre los gobiernos central y estatal por el control de los predios, contribuyendo a la insatisfacción de muchos colonos.

En 1829, tras conocer las condiciones de Texas, las autoridades mexicanas intentaron recuperar el dominio en la región. Al asumir el control sobre las concesiones de tierra, prohibir la entrada de colonos estadounidenses y establecer aduanas, el Gobierno despertó el descontento de los colonos que comenzaron a organizarse para revertir la situación. Ni la tentativa de Austin de alcanzar acuerdos con el Gobierno mexicano, ni la derogación de las medidas más drásticas evitaron la rebelión, que se justificó por el cambio al sistema centralista de Gobierno. Washington se mantuvo neutral, pero permitió que los gobiernos de los estados aledaños y los vecinos apoyaran la lucha mediante el enganche de voluntarios y la provisión de dinero y armas.

El intento de Santa Anna de aplastar la insurrección fracasó y derivó en la independencia texana, declarada el 2 de marzo de 1836. Ésta fue obstinadamente desconocida por los mexicanos, quienes intentaron la reconquista. La penuria hacendaria, en particular, y la colaboración de Estados Unidos con los texanos, lo impidieron.

Los esfuerzos de Gran Bretaña para que México reconociera a su exprovincia sólo provocaron el recelo estadounidense por la “intromisión en asuntos americanos”. En tales condiciones, el de Texas como república independiente era un equilibrio inestable, cuyas repercusiones llevarían al enfrentamiento entre México y Estados Unidos.

La guerra de 1847

La década entre la independencia texana y la guerra de México contra Estados Unidos se caracterizó por el acumulamiento de tensiones debido a las hostilidades en la frontera, las pretensiones de Texas de llevar su lindero hasta el Bravo, el intento mexicano por recuperar la provincia y por el intrincado ingreso texano a Estados Unidos. Durante ese periodo, la diplomacia británica buscó que México reconociera la nueva república para fortale-

cerla y frenar la expansión estadounidense, cuyo siguiente paso, temía, sería California. Estos esfuerzos azuzaron tanto la obsesión de Santa Anna de reconquistar a Texas como el intenso nacionalismo y la suspicacia estadounidenses respecto de Europa bajo la influencia de la Doctrina Monroe.

La solicitud texana de ingreso a la Unión Americana revivió la discusión sobre la esclavitud y su extensión a nuevos territorios y crispó las diferencias regionales y complicó la incorporación. El tratado de anexión fue finalmente aprobado en febrero de 1845. En respuesta, el ministro mexicano Juan Nepomuceno Almonte cerró la legación según las instrucciones que indicaban que la anexión era causa de guerra.

Ante este escenario, México osciló entre el pesimismo y el desconcierto. Por un lado, los militares, la prensa y los opositores a la facción moderada impulsaron un ánimo belicoso. Por el otro, el Gobierno se encontraba paralizado, consciente de la carencia de recursos para la guerra. Existía la esperanza de que, debido a los conflictos por el territorio de Oregón, los estadounidenses enfilaran las baterías contra Gran Bretaña y se albergaba la expectativa, injustificada, de recibir el apoyo de una potencia europea.

El presidente James Polk implementó una doble estrategia: negociar —mediante el envío de John Slidell a México— y prepararse para la guerra. La creciente hostilidad mexicana hacia los estadounidenses y el clima belicista dificultaban un arreglo concertado. Slidell, con instrucciones de adquirir territorio, no fue siquiera recibido por el presidente José Joaquín Herrera, quien fue destituido poco después; su sucesor, Mariano Paredes Arrillaga, también se rehusó a tratar con él. El desaire enfureció a Polk y dio paso al expansionismo violento, cancelando la posibilidad de un acuerdo. La intromisión británica en la cuestión texana sirvió al presidente para invocar el mensaje de Monroe y legitimar su anexionismo. En su mensaje al Congreso (diciembre de 1845), informó de la ruptura con México y anunció haber situado una fuerza en la frontera y una escuadra en el Golfo de México, previniendo una agresión o la declaración de guerra mexicana. El incidente que justificaba la guerra sucedió el 25 de abril y sirvió a Polk para presentar a México como el agresor.

El 13 de mayo de 1846, el Congreso estadounidense declaró el estado de guerra. Los ejércitos de ambos países se enfrentarían durante más de veinte meses. El mexicano estaba compuesto por cerca de 23 000 hombres mal armados y con poca instrucción militar; su caballería y artillería

evidenciaban la falta de recursos. El estadounidense contaba con 45 000 elementos, dos terceras partes de ellos, voluntarios; todos bien armados y perrechados. Los estadounidenses implementaron tres campañas. California, objetivo relevante de la guerra, fue sujeta a una expedición terrestre y a una marítima. La primera se dirigió previamente a Nuevo México, desde donde, tras la toma de Santa Fe, los contingentes se enfilaron a Chihuahua y Los Ángeles; la segunda tomó San Francisco y descendió hasta Mazatlán. El general Zachary Taylor, al frente de la tercera operación, salió de Corpus Christi hacia Monterrey y Saltillo, y derrotó a los mexicanos en tres batallas. Para febrero de 1847, había caído el norte de México, mientras la escuadra estadounidense bloqueaba los puertos del Golfo de México.

Los conflictos internos mexicanos no cesaron durante la guerra y las incursiones nómadas se sumaron a las convulsiones políticas. Se restableció el federalismo y se dio el regreso de Santa Anna; la persistente penuria financiera, la cual impedía la organización de la campaña, llevó al Gobierno, en agosto de 1846, a incautar los bienes eclesiásticos. Ello provocó el levantamiento de los moderados, patrocinados por la Iglesia, y la anulación de la medida. Por esos días, febrero de 1847, se libraba la Batalla de la Angostura.

Cuando el general Winfield Scott tomó Veracruz, Polk pensó que los mexicanos firmarían la paz de inmediato. No fue así y Scott recibió instrucciones de tomar la Ciudad de México. En el camino, derrotó a Santa Anna en Cerro Gordo y llegó al Valle de México. Tras una serie de victorias, entró a la capital, donde, el 14 de septiembre de 1847, la bandera de las barras y las estrellas fue izada en el Palacio Nacional. El Gobierno derrotado se refugió en Querétaro.

La independencia de Texas y la guerra entre México y Estados Unidos tienen denominadores comunes: la débil presencia demográfica y la pulsión expansionista. El norte mexicano no había sido poblado por sus nacionales y las incursiones de los nómadas lo habían debilitado desde la década de 1830, lo que contrastaba con la “avalancha de colonos” euroamericanos que se desbordaban hacia el suroeste.

La revolución texana y la Guerra estuvieron selladas por el peso de otros actores además de los protagonistas, así como por la percepción estadounidense que magnificó el afán británico por intervenir en México. La diferencia estribó en que en la guerra mexicano-estadounidense, no se advierte una intromisión europea directa como en la experiencia de Texas, pero

los expansionistas usaron igualmente el caso texano y el espantajo de las ambiciones británicas sobre California para persuadir a la opinión pública de la necesidad de la guerra con México.

La conflagración estuvo marcada por la asimetría, en cuanto a capacidades militares y recursos para financiar la contienda. Además, mientras el nacionalismo estadounidense movió no sólo a Washington, sino a miles de voluntarios, en México las controversias entre liberales radicales y moderados, así como la interpretación dada por algunas entidades al pacto federal, debilitaron la resistencia. Ambos países, sin embargo, mostraban fisuras; ninguno tenía un Estado-nación consolidado, como pudo verse después de la contienda.

El Tratado de Guadalupe Hidalgo

La propuesta mexicana de paz, entregada antes de la caída de la capital, consistía en sólo ceder el territorio al norte del paralelo 37º a cambio de una compensación. Eso enfureció a Polk, quien ordenó el regreso del comisionado de paz, Nicholas P. Trist. La noticia de la toma de la Ciudad de México exaltó a los ultraexpansionistas, quienes pidieron la anexión de todo el país; el mismo Polk deseaba el lindero sobre el paralelo 26º. Sin embargo, la polarización regional que desencadenaría la anexión de territorios más vastos y la reanimación de la disputa sobre la esclavitud contuvieron los afanes de conquista.

Trist, sin enterarse del mandato de regresar a su país, continuó las conversaciones para poner fin a la guerra. Cuando finalmente recibió la orden, decidió ignorarla, al considerar que su Gobierno desconocía la situación local; él percibía la voluntad de paz en México, sabía de la disposición del Congreso a negociar y detectaba una oportunidad única que se perdería si los radicales tomaban el poder. El comisionado se atuvo a la instrucción de fijar la frontera en el Bravo y siguiendo el paralelo 32º, pues Alta California y Nuevo México eran condiciones *sine qua non* para el acuerdo, y ofreció la indemnización más baja sugerida por su Gobierno: 15 millones de dólares. Los comisionados mexicanos, mediante una hábil negociación, retuvieron Baja California y el territorio que la une al continente sin conceder el derecho de tránsito por Tehuantepec. Consiguieron el compromiso estadounidense de encargarse de las reclamaciones de sus ciudadanos, asegurar los derechos de los

mexicanos que quedaron en el territorio cedido y, en el artículo XI, de impedir las incursiones de nómadas. El Tratado de Guadalupe Hidalgo, que puso fin a la guerra, se firmó el 2 de febrero de 1848, siendo aprobado en el Senado estadounidense por una escasa mayoría.

Los extensos territorios adquiridos avivaron la disputa Norte-Sur, la cual impidió que los ultraanexionistas definieran la línea fronteriza estipulada. Empero, muchos asuntos quedaron pendientes, abriendo oportunidades para la presión expansionista.

El Tratado de La Mesilla

La victoria en la guerra situó a Estados Unidos plenamente en el Pacífico, amplió sus perspectivas comerciales y le permitió competir con Europa por los mercados hemisféricos y las rutas marítimas. La urgencia de comunicar a las áreas adquiridas llevó a buscar la concesión para una comunicación interoceánica; los terrenos necesarios para la construcción de un ferrocarril sureño hasta el Pacífico y la expansión ulterior sobre las entidades fronterizas mexicanas.

En ese contexto, los sureños insatisfechos con la frontera establecida pretendieron ampliarla mediante un nuevo acuerdo, aprovechando los errores del mapa empleado en las negociaciones y las discrepancias suscitadas. Eso se reforzó por la intervención de empresarios estadounidenses que, asociados con mexicanos, ambicionaban el control de un paso por el Istmo de Tehuantepec y una vía férrea plenamente sureña.

Los asuntos no resueltos por el tratado de paz generaron serias pugnas evidentes en la región fronteriza dominada por la inseguridad, los afanes anexionistas y los planes separatistas de algunos mexicanos. En Estados Unidos, las tensiones entre los bloques regionales se agravaron desde la anejió del territorio mexicano, reduciendo progresivamente los márgenes de coexistencia. Los asuntos de política interna o exterior fueron dirimidos en ese clima. La relación con México, inclusive.

En este contexto se negoció el Tratado de La Mesilla, o Compra de Gadsden, suscrito en 1853 y ratificado en 1854 durante la presidencia de Franklin Pierce. Washington pretendía derogar el artículo XI del Tratado de Guadalupe Hidalgo —el cual obligaba a impedir las correrías indias en México—, obtener una amplia cesión territorial y el paso por Tehuantepec. Tras forcejeos

y la intromisión de especuladores en las negociaciones, el Gobierno de Santa Anna firmó este tratado que derogó el artículo XI, ratificó el privilegio por Tehuantepec y concedió un corredor territorial para el ferrocarril sureño al Pacífico a cambio de 10 millones de dólares. Al discutirse el tratado en el Congreso de Estados Unidos, las rivalidades Norte-Sur constriñeron, nuevamente, los alcances de la anexión; pese a la plena efervescencia expansionista, el territorio anexado fue inferior al cedido por México. Se trató de la última modificación de la frontera en el siglo XIX, con la que se cerró el ciclo de agrandamiento de Estados Unidos a costa de México.

El ciclo de cooperación: de las guerras de la década de 1860 al fin de siglo

Las guerras contra la secesión y contra el imperio

Al despuntar 1861, los dos países enfrentaban cambios profundos destinados a provocar cruentos enfrentamientos, causados, en ambos casos, por el choque entre modelos antagónicos de Estado. Por un lado, alrededor del papel de la Iglesia y la Constitución en México, y por el otro, alrededor de la esclavitud y la primacía federal sobre los estados en Estados Unidos.

Cuando Abraham Lincoln asumió la presidencia (marzo de 1861), la mayoría de los estados sureños se habían separado de la Unión. Ello lo movió a redefinir su política hacia México. El ministro estadounidense, Thomas Corwin, recibió instrucciones de manifestar la disposición a una relación “sin ambiciones”, opuesta al expansionismo esclavista sureño. Debía también obstaculizar la influencia confederada y evitar que México reconociera a los separatistas. Juárez, por su parte, vio en la alianza con el Norte no sólo una defensa ante una posible amenaza confederada, sino un refuerzo contra los conservadores y una protección ante la intervención tripartita, que se cernía sobre el país.

El repudio de Washington a la anexión no fue completo. Cuando los secesionistas amenazaron con lanzarse sobre México, o cuando se anunció la expedición tripartita europea, en Washington hubo interés por adquirir Baja California, Sonora y Chihuahua para prevenir que el Sur se expandiera y atacara por la retaguardia.

En un segundo momento, cuando la intervención europea era inminente, Washington propuso ofrecer créditos a México para reanudar el pago de la deuda exterior y sacar así a los británicos del escenario del conflicto, reafirmando la Doctrina Monroe. Las relaciones entre la Unión y México fueron moldeadas por los factores internacionales e internos: el Gobierno de Lincoln desaprobaba la ofensiva europea en México, pero incapaz de frenarla, temía la formación de una coalición entre británicos o franceses y la Confederación.

Con el arribo de las escuadras europeas a Veracruz, la Unión perdió interés en un tratado con Juárez. Cuando las miras políticas francesas resultaron evidentes tras el retiro de españoles y británicos, la guerra de secesión estaba en pleno desarrollo y su desenlace era incierto. Esa coyuntura, la cual permitió al Gobierno napoleónico patrocinar el proyecto monárquico en México, fijó la prioridad de la Unión: impedir una alianza entre Francia y la Confederación. Ello llevó a Lincoln a declarar su neutralidad y a exigir que ésta fuera correspondida por la francesa en el conflicto Norte-Sur. Así, la Doctrina Monroe quedó suspendida, aunque Washington siempre rechazó el reconocimiento de Maximiliano y mantuvo las relaciones con el Gobierno juarista, representado por Matías Romero.

El fin de la Guerra de Secesión cambió de forma significativa la política estadounidense hacia México. Con la llegada de Andrew Johnson a la presidencia tras el asesinato de Lincoln, se manifestó un creciente fastidio por la presencia francesa. Al mismo tiempo, las fuertes simpatías del general Ulysses Grant hacia la causa republicana mexicana se manifestaron con tonos crecidos. Grant y sus colaboradores desarrollaron un entendimiento con Matías Romero con respecto a una visión integral de los conflictos en América del Norte: la lucha contra el Imperio franco-mexicano era la prolongación de aquella contra el Sur esclavista.

Esta convergencia se plasmó en una serie de medidas militares, así como en la formulación de proyectos, no logrados, para la utilización de fuerzas estadounidenses en México. Destaca la concentración de 40 000 efectivos en la frontera a mediados de 1865, que fue, al mismo tiempo, una advertencia para los contingentes franceses y un escudo de protección para el Gobierno republicano en Chihuahua. Así lo percibieron con claridad tanto los comandantes franceses, como Juárez.

Hacia finales de 1865, el secretario de Estado Seward intensificó la presión sobre Francia para comprometerla al retiro de sus tropas. Ordenó

al ministro estadounidense en París informar a Napoleón III que la amistad franco-estadounidense se hallaría “en peligro inminente”, en caso de que sus contingentes no se retiraran. La advertencia, explícita y vigorosa, causó alarma en París, allanando el camino a un acuerdo sobre los plazos de evacuación. Una vez cumplido esto, Seward impidió la llegada de refuerzos austriacos que suplieran el hueco dejado por los franceses. Juárez percibió con gran claridad los alcances de la ofensiva diplomática de Seward, como revelan sus comunicaciones no oficiales. A partir de ese momento, el destino político y militar del Imperio estuvo definido, al igual que la suerte de Maximiliano, fusilado en Querétaro en 1867.

En conjunto, las dos guerras tuvieron un impacto profundo sobre la relación bilateral. La de Estados Unidos derribó el proyecto expansionista sureño y casi extinguió el anexionismo en la política estadounidense, configurando una plataforma favorable a la vecindad y la intensificación de las relaciones. Al mismo tiempo, la derrota francesa y el fusilamiento de un príncipe europeo enmarcaron el fortalecimiento de la independencia mexicana y su contribución práctica a la defensa de la Doctrina Monroe.

La crisis diplomática y de seguridad, 1877-1880

Hacia finales de la década de 1870, la relación bilateral enfrentó una encrucijada conflictiva y difícil por la combinación entre la crisis diplomática y de seguridad, en la que se temió un desenlace militar. La primera debida a la falta de reconocimiento del Gobierno de Porfirio Díaz, una decisión alejada de la tradición estadounidense en materia y que respondía más a la política interna, tras las controvertidas elecciones de 1876. La segunda por la orden ejecutiva del presidente Rutherford Hayes de junio de 1877, cuando se autorizó al ejército cruzar la frontera en persecución de elementos hostiles. Esta instrucción extraterritorial representaba una respuesta unilateral al descontrol en la zona fronteriza, donde la frecuencia de abigeato, bandillaje e incursiones indias eran fuente de tensiones en ambos lados.

En México, estas medidas se percibieron como un resurgimiento de anexionismo o un intento de protectorado. El Gobierno de Díaz protestó por la “violación flagrante de la soberanía de la República”, ordenando al ejército a repeler cualquier incursión estadounidense. Pero, simultáneamente, se hizo cargo del problema de la seguridad fronteriza, enviando más tropas

e instruyendo a los comandantes para ejercer una diplomacia local con sus contrapartes estadounidenses.

Además, se acordó desplegar una campaña de cabildeo y relaciones públicas en Estados Unidos, centrada en las oportunidades económicas de México y la conveniencia de estrechar las relaciones bilaterales para influenciar la opinión pública en contra de la política de Hayes. Arquitectos y ejecutores principales fueron Manuel de Zamacona, agente confidencial y luego ministro, y Matías Romero, secretario de Hacienda. Eso dio vida a una campaña informativa exitosa acerca de México, la cual contribuyó a despejar la agenda bilateral del riesgo de seguridad y allanó el camino a la intensificación de las relaciones.

El reconocimiento se consiguió en abril de 1878 y la orden militar fue revocada en febrero de 1880 durante la visita del expresidente Grant a México, suceso que el Gobierno porfirista utilizó políticamente para celebrar masivamente la amistad mexicano-estadounidense.

De esta forma, la crisis terminó sentando las bases para un nuevo régimen de vecindad entre los dos países fincado en la cooperación. Significativamente, en julio de 1882, los dos gobiernos suscribieron un paquete de convenios de gran valor simbólico, entre los cuales destacaba el del cruce recíproco de tropas para permitir la persecución de los delitos en un radio transfronterizo. Este acuerdo garantizaba la marginación de los propósitos agresivos o unilaterales, y fue un instrumento eficaz para estabilizar las condiciones de la frontera. Fue renovado en varias ocasiones hasta 1896.

La vinculación ferroviaria y sus consecuencias para la relación

A finales de la década de 1870, la red ferroviaria estadounidense alcanzó diferentes puntos de la línea divisoria y planteó la posibilidad de prolongar su construcción en México. La conveniencia de la modernización y del crecimiento económico, así como la visión del ferrocarril como unificador del país, superaron la desconfianza mexicana. Así, entre 1880 y 1883, se otorgaron concesiones gubernamentales para la construcción de varias líneas que partían de la frontera: dos troncales hasta la Ciudad de México y dos de carácter regional.

La vinculación ferroviaria entre los dos países tuvo un papel central en modificar las bases materiales de la relación. Disminuyó los costos

de transporte de mercancías y redujo de forma drástica el significado de la distancia geográfica, dando una nueva dimensión a la vecindad. Pero también tuvo implicaciones profundas para la gestión política de las relaciones económicas en dos vertientes. Una consistió en la inclusión de la llamada cláusula Calvo, por nombre del jurista argentino, en todas las concesiones ferroviarias. Este mecanismo jurídico sometía a las empresas extranjeras al sistema judicial mexicano y estipulaba la renuncia a la protección diplomática. Al respecto, la firmeza del Gobierno mexicano se sobrepuso a las resistencias de la diplomacia estadounidense.

La otra vertiente fue la regulación de la línea fronteriza en función del enlace entre las dos redes ferroviarias. En México se instrumentaron inicialmente normas estrictas de vigilancia que dificultaban el movimiento de los trenes. Los procedimientos de revisión de la carga y el horario restringido para cruzar la línea causaron durante unos años fuertes retrasos de las expediciones y la detención de los vagones. Este problema tuvo una regularización progresiva gracias a una serie de medidas liberalizadoras, la dotación de empleados aduanales y la mayor eficiencia en los trámites, los cuales consolidaron el sistema aduanero.

En conjunto, eso contribuyó a balancear la integración con una economía tan pujante como la estadounidense sin renunciar a la autonomía política del Estado mexicano.

Referencias bibliográficas

- Guardino, Peter, *La marcha fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Grano de Sal/UNAM, 2018.
- Olliff, Donathon C., *Reforma Mexico and the United States: A Search for Alternatives to Annexation, 1854-1861*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1981.
- Pletcher, David M., *La diplomacia de la anexión: Texas, Oregón y la guerra de 1847*, 2 t., Xalapa, Universidad Veracruzana, 1999.
- Riguzzi, Paolo, "Between Diplomatic Crisis and Economic Interaction: An Information Battle, Public Diplomacy and Investments in US-Mexico Relationship, 1876-1880", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 35, núm. 2, 2019, pp. 213-230.

- Riguzzi, Paolo, y Patricia de los Ríos, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010. Volumen II: Destino no manifiesto, 1867-2010*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Centro de Investigaciones sobre América del Norte-UNAM/Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012.
- Terrazas y Basante, Marcela, y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010. Volumen I: Imperios, repúblicas y pueblos en pugna por el territorio, 1756-1867*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-Centro de Investigaciones sobre América del Norte-UNAM/Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012.
- Vázquez, Josefina Zoraida y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico*, 4ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2001.